

Secretos de Estado

Christine Ockrent y
Conde de Marenches

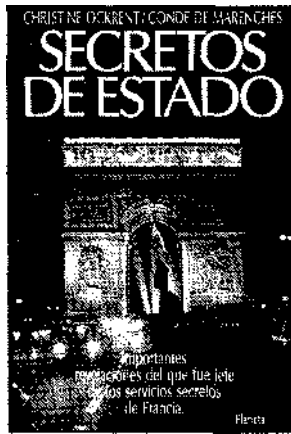
Editorial Planeta.
Barcelona. 1987. 232 págs.

L

OS relatos de intriga diplomática, las aventuras del espionaje internacional tienen más de una frontera común con el campo de la historia, al paso que algunos de los más preclaros cultivadores de la última tuvieron o tienen una declarada debilidad por la lectura de tales narraciones, ficcionales o no. Entre nosotros, D. Manuel Giménez Fernández fue voraz seguidor de esta clase de novela; en el extranjero, han sido y son también muchos los grandes historiadores atraídos por el género, por ejemplo, lo fue en Inglaterra H. E. Carr.

Hoy, sin embargo, son de otra índole los lazos que unen ambas materias. Las relaciones entre las potencias, sigularmente, las más poderosas, la dinámica de las cancillerías y el propio orden, o desorden, internacional descansan, en amplia medida, en la acción de los servicios secretos, con ramificaciones y tentáculos in-sospechados. Los famosos de la CIA y KGB testimonian por sí solos el alcance e importancia de las agencias y servicios secretos de los países con protagonismo en el palenque mundial.

El que dirigiera los de Francia desde la ascensión de Pompidou al Elíseo hasta la llegada a él de Mitterrand describe, en un *tete á tete* con una periodista de gran clase, la anatomía de dicho organismo y sus peripecias a través de una década larga. Aristócrata, políglota, miembro de la Resistencia y oficial gaullista, Marenches reúne en su personalidad las cualidades y atractivos de un héroe de nuestro tiempo. El gusto por la aventura y el ansia de acción se encuentran respaldados por una ancha cultura y una



buena capacidad analítica, que no le impide, a veces, caer en ciertos excesos apriorísticos o dogmáticos, como es el caso de su anticomunismo, en ocasiones, banal.

Las conversaciones se dividen en dos partes. La primera, más extensa de lo que cabría prever, aunque no por ello menos interesante, contiene el itinerario del conde de Marenches en la Francia vencida y su incorporación al gaullismo. En calidad de ayudante del futuro mariscal Juin, Marenches contempló desde un mirador privilegiado los últimos meses de la II Guerra Mundial, sobre los que proporciona noticias que bien pueden calificarse de trascendentes. Amigo del general Marshall y gozando de la absoluta confianza de los norteamericanos así como de la de sus jefes franceses, Marenches escudriñó de cerca los mecanismos de la acción diplomática y militar de la coalición aliada en el postrer año de la contienda. Uno de los grandes atractivos de su relato reside en la información que se reserva de acontecimientos y personajes; pero con la proporcionada acerca de Eisenhower, Churchill, St. Lin, De Gaulle, etc., cabe sobradamente inferir la complejidad de las relaciones interaliadas y de los motivos, no siempre generosos, que las impulsaban.

El capítulo de la Resistencia francesa resulta particularmente iluminado por los datos y precisiones del entrevistado, testigo

de excepción desde todo los puntos de vista. El juicio es tan severo como apabullante, coincidiendo, curiosamente, con el de un intelectual lúcido, de soma y de sique muy distintos a los del conde: Raymond Aron. Según aquél, De Gaulle temió en más de un momento el estallido de la guerra civil, y a su deseo de controlar la actividad de los comunistas obedeció su controvertido viaje a Moscú, a fines de 1944. La visión acerca de Petain y los petainistas, es de igual modo muy independiente y serena, poniendo de manifiesto los muchos equívocos de la opinión pública francesa al respecto, la de la Francia de Vichy y la de la Francia Libre. Aquí igualmente facilitada datos de primera mano y de enorme valor historiográfico, como, v. gr., el rechazo de De Gaulle ante la comparecencia de Juin en el proceso del Mariscal, deseado por aquél.

La IV República no tiene en Marenches un observador benévolo, aunque su gaullismo fuera acaso más sentimental que ideológico (no le agradó la postura del General frente a la independencia de Argelia, si bien la comprendiese). Por el contrario, su incondicionalidad hacia G. Pompidou es absoluta, como lo demuestra el retrato entusiasta de las cualidades humanas y políticas que, conforme a Marenches, adornaban la figura del segundo Presidente de la V República. La abnegación, la austeridad, el dominio completo sobre temas y hombres, el sentido de responsabilidad constituían para el conde las principales características de un espíritu superior y de un gobernante sobresaliente, al que Marenches no duda en catalogar como uno de los pocos estadistas por él conocidos. Las alabanzas a Pompidou se trocan en reservas, incluso, entre líneas, en críticas a su sucesor, cuya política internacional es, en conjunto, puesta en solfa por el antiguo colaborador de Giscard D'Estaing.

Muchas son las «tramas del gran teatro del mundo» cuyos hilos discurren por la entrevista

entre Marenche y C. Ockrent, que en esta segunda parte se torna, como era inevitable, más críptica y elíptica. Todo se alude; casi nada se explica; todo se apunta, nada se desarrolla. Son las reglas del juego, muy comprensibles, por lo demás, dada la naturaleza de los asuntos abordados, cuyos actores y marionetas viven y gozan aún, en la mayor parte de los casos, de mando e influencia. Los grandes problemas geopolíticos de la década de los 70 sirven a Marenches, una vez desplegados con acuidad no exenta de calor, para reflexionar larga y amargamente sobre el incierto futuro de la llamada civilización occidental. Por doquier, el denominado mundo libre y sus naciones gula y estados líderes se baten en retirada, incluso en la época del reaganismo, poco glosada, por otra parte, en el libro comentado. La tesis vertebral de la argumentación de Marenches es la de habernos introducido hace ya tiempo en la Tercera Guerra Mundial, correspondiendo hasta el presente el triunfo a la Unión Soviética, cuyo irrefrenable imperialismo Gorbachov no ha hecho más que acicalar cosméticamente (aunque no se data, la entrevista debió realizarse el año exacto de advenir al Kremlin el creador de la *Perestroika*). Para Marenches, no hay la menor posibilidad de cambio en la estrategia mundial si no ocurren transformaciones radicales en la estructura del poder y de la sociedad soviéticas. Ni reformas parciales, ni reivindicaciones autonómicas, ni revueltas de satélites modificarán la política exterior de Moscú, a cuya eficacia rinde tributo uno de sus enconados opositores.

Con ecos spenglerianos, Marenches cree que un Occidente hedonista y utilitario, carece de energía y reflejos para enfrentarse al gran desafío de un imperialismo como el ruso, edición última de las potencias continentales que a lo largo de la historia han representado siempre el poder negativo de la dialéctica de la Humanidad.

Ya más a ras de tierra, las peri-

pecias comentadas o dejadas entrever por Marenches acerca de los más resonantes *affaires* ¡sucdidos durante su gestión son tan curiosos y excitantes como la mejor novela policiaca. La guerra del Kipour, el destronamiento de Mombassa, la deposición del «Rey de reyes» (el Sha de Persia), la legendaria resistencia angoleña del doctor Savinili, Ga-dafi y sus empresas..., la intervención francesa en el Zairé a favor de Mobutu, los mil y urio vericuetos del conflicto del Medio Oriente, etc., se describen o delinean con información de primera mano, que descubre o ilumina resortes hasta ahora ocultos para la opinión pública. Junto a ello o entreverado con ello, encontramos igualmente semblanza de Hassan II, muy elogiado por el autor; Juan Carlos I, objeto! también del homenaje del autor; Botha, Reagan, Kissinger, Carter, una de las bestias negras del entrevistado, Chirac, Jomeim. El cartesianismo de ambos autores impide, no obstante, que el libro se convierta en ningún momento en una confusa amalgama de relatos y noticias sugestivos. ¡Cada elemento se encuentra en sil plano —Cancillerías, servicios secretos, *lobbies*, intrigas cortesanas y parlamentarias, heroísmo y corrupción—; aunque, a veces, como en la vida, llegue todo a mezclarse.

Otra cualidad netamente! francesa, el patriotismo apasionado, llena igualmente el libro. El servicio a su país por encima de la «politiquería» es el que, de aternos a sus propias y reiteradas aclaraciones, ha impulsado a Marenches a ocupar tan alta responsabilidad, así como ha determinado también la mayor parte del trabajo de sus subordinados, gentes de muy variadas clases y trabajos, impelidos por un ideal más que por venta de materiales.

Claro es, empero, que la «razón de Estado» determina en ocasiones una ética muy «especial». Pese a que cuestiones; espinosas como la desaparición del enemigo —no siempre terroristas en acción—, preparación de

secuestros y golpes de Estado aparecen de vez en cuando en las páginas de la obra, Marenches se desliza sobre ellas sin levantar velos ni entrar en detalles enojosos... No obstante, su reivindicación moral y profesional del servicio secreto francés, al menos en la década de los 70, es completa. El hampa y el gansterismo quedaron siempre a sus extramuros, por razones éticas y también —insiste mucho en ello el conde— por el propio éxito de los negocios acometidos, de todo el punto inaccesibles al universo de los bajos fondos.

Convincente o no en varios de sus extremos, este libro sobrepasa, globalmente, la esfera propia del gran reportaje para introducirse en el terreno de la reflexión política e historiográfica. Su lectura es casi siempre frutiva y a menudo provechosa, a pesar de una traducción ágil pero demasiado infiel... al castellano.

J. M. Cuenca Toribio

Las causas de la guerra y otros ensayos

Michael Howard

Prólogo de Antonio Marquina.
Traducción de Fernando Cano Morales.

Ediciones Ejército.
Madrid, 1987. 345 págs.

L

A cátedra de Historia de la Guerra de la Universidad de Oxford —en realidad, su nombre exacto es *Chichele Chair of the History of War*— ha sido ocupada hasta ahora por Spenser Wilkinson (1909-1925), Sir Ernest Swinton (1925-1946), Cyril Falls (1946-1955), Norman Gibbs (1955-1977), Sir Michael Howard (1977-1980) y finalmente, después de siete años de permanecer vacante, por Robert O'Neill.

Para S. Wilkinson era una obligación la enseñanza de la naturaleza de la guerra en la Universidad si el Estado quería formar ciudadanos o futuros estadistas para el ejercicio responsable de sus respectivas funciones. Sir E. Swinton estaba convencido de que si los universitarios eran educados mediante una ponderada reflexión «sobre la naturaleza de la guerra y con una verdadera idea sobre la mejor forma en que el Estado debe prepararse para ella, evitarla o hacerla frente si se produce, estarán en condiciones más adecuadas para prestar ayuda a su país cuando éste más la necesite». C. Falls atribuía la ceguera de la opinión pública europea de los años treinta a «la falta de conocimientos históricos, a la incapacidad para comprender la naturaleza de la guerra o cómo o por qué se producen las guerras»; y afirmaba que «el historiador no puede prestar mayor servicio al Estado si no es buscando las causas de las guerras, describiendo los medios usados para hacerlas, determinando las razones que condujeron a la victoria a uno u otro lado, explicando los efectos y estimando las condiciones que probablemente darían motivo, y en las cuales se harían, las futuras guerras». N. Gibbs confiaba que las lecciones que se pudieran extraer de sus cursos hubieran enseñado a los ciudadanos de los países de la Alianza Atlántica «el secreto de perder todas las batallas, excepto la última». Finalmente, M. Howard ha combatido sin descanso los prejuicios y temores de los círculos universitarios y académicos hacia la disciplina de la historia militar, a la que suele considerarse entre aquellos corrió sirviente del militarismo o del propagandismo; si, en opinión de Howard, «el conflicto internacional es producto inevitable de una diversidad de intereses, percepciones y culturas, y el conflicto armado es imánente a cualquier sistema internacional», este último puede ser evitado mediante el estudio paciente y prudente de un fenómeno del que no debe esperarse su

desaparición inmediata. A la afirmación de Nietzsche de quien combate contra dragones acaba por convertirse él mismo en dragón, Howard responde: «quien no combate contra los dragones puede ser devorado por ellos».

Uno no quisiera caer en el papantismo de pensar que cualquier cosa es mucho mejor si sucede fuera de nuestras fronteras. Pero, a veces, la cruda realidad le hace a uno desear ser un papantista. Tomemos, por ejemplo, la Universidad en la que M. Howard es en la actualidad su *Regius Professor*: Oxford. En lo que hace referencia a los temas estrictamente contemporáneos, el profesor Howard, el nuevo catedrático de historia de la guerra Roben O'Neill —hasta ahora, director del *Institute for International Strategic Studies* de Londres—, y el catedrático de relaciones internacionales —*Montague Birlón Professor*—, Adam Roberts organizan durante el presente curso académico los siguientes cursos y seminarios: «Control de armamentos y la estabilidad internacional en los 80», «Pensamiento estratégico y la conducción de la guerra, 1815-1918», «Teorías sobre la guerra y la paz en Europa, 1880-1914», «La era de las dos guerras mundiales, 1914-1945», «Política internacional desde la segunda guerra mundial», «La era de las super potencias, 1945-1964», «La estrategia británica hacia la campaña de los Dardanelos» o «Los militares y la política en Europa durante el siglo XX». Añádase a esto la existencia de un prestigioso grupo de estudios estratégicos en el «campus» —*Oxford University Strategic Studies Group*— y un flujo constante de personalidades mundiales relacionadas con los temas de defensa, seguridad y relaciones internacionales, que son invitadas a discutir con los estudiantes sus responsabilidades pasadas o presentes en las áreas mencionadas —Michael Heseltine, Robert McNamara, Laurent Fabius, jefes de delegaciones negociando acuerdos sobre armas en

Ginebra, embajadores, académicos, etc.—, y se tendrá una idea aproximada del clima de discusión y reflexión creado en torno a los temas militares en aquella Universidad. Por el contrario, ¿con cuántas cátedras cuenta la Universidad española para el estudio de los conflictos bélicos?; ¿en qué medida nuestra Universidad cumple con sus obligaciones hacia la sociedad española aportando ideas y sugerencias sobre las necesidades estratégicas de España?; ¿cumple acaso la Universidad española la tarea de educar ciudadanos y, por qué no, futuros estadistas en las responsabilidades internacionales y de seguridad de nuestra nación? *Las causas de las guerras y otros ensayos* es una recopilación de trabajos escritos por M. Howard entre 1962 y 1983, que incluye desde artículos previamente publicados en revistas especializadas, como *Foreign Affairs* o *Encounter*, hasta textos de conferencias pronunciadas bien en el Reino Unido como en los Estados Unidos. De la lectura de todos ellos se pueden adivinar los temas relacionados con el fenómeno de la guerra que más preocupan a un historiador que no teme, sin embargo, enfrentarse con los complejos retos del presente.

El tema central de la actividad intelectual de Howard es la reflexión acerca de la guerra como expresión del comportamiento humano —capítulos 1 y 13 de este libro, respectivamente: «Las causas de las guerras» y «Apaciguamiento y disuasión: La defensa occidental en la década de 1980»—. Para Howard, la guerra no es ni un fenómeno antropologizable (la supuesta «innata agresividad» del nombre), ni la expresión de la estupidez o del egoísmo de las clases rectoras (como muchos intelectuales han venido sosteniendo desde el siglo XVIII, incluidos aquellos que en la actualidad acusan de todos los males de la humanidad a los supuestos «complejos militares industriales»), ni tan siquiera la desviación patológica de la norma. Howard cree que la guerra

es tan escasamente anormal como cualquier otro conflicto humano. No es más que, en palabras de Clausewitz, «un choque entre grandes intereses que se resuelve con derramamiento de sangre, sólo en esto difiere de otros conflictos». Por lo tanto, Howard considera a la guerra como un acto humano deliberado al que recurren los estadistas para obtener objetivos concretos. No existen conflictos bélicos provocados por el descuido o por el apasionamiento. Howard descarta la idea de que una guerra comience por error o por ausencia de racionalidad. Todo lo contrario, él piensa que los conflictos internacionales que buscan su resolución a través de la guerra son expresión de un exceso de racionalidad analítica. A esa situación se llega mediante decisiones conscientes basadas en el cálculo de que los beneficios de afrontar una guerra son mayores que los de mantenerse en paz. Las guerras no comienzan porque alguien tropiece mientras habla por teléfono con su novia y apriete el botón equivocado. Howard reta al lector de su libro: «Si hay en la historia una guerra "accidental", que se me demuestre».

En segundo lugar, la guerra es un tema sobre el que Howard no pierde la perspectiva histórica. El conocimiento de las diferentes percepciones que la sociedad ha tenido acerca de los conflictos bélicos —capítulo 2, «La guerra y el Estado-nación»— sirve para relativizar opiniones dogmáticas actuales sobre la guerra. Si bien durante los siglos XVIII y XIX el fin de los regímenes absolutos hizo abrigar ilusiones entre los pensadores liberales de que la guerra desaparecería del planeta una vez se arrebatare el poder a monarcas y gobernantes feudales; el período abierto por la revolución francesa, sin embargo, fue un proceso que no sólo liberó a las naciones del tutelaje de sus reyes sino que dio paso (en el curso del siglo XIX) a la expansión de un nacionalismo entendido como elemento de contrapeso frente al nacionalismo de

otros Estados. A finales del siglo XIX, el concepto de la supervivencia nacional, vía militar si fuese necesario, y los conceptos social-darwinistas de la supervivencia de los más aptos quedaron emparentados. Los estallidos de la I y de la II Guerras Mundiales fueron reflejo de esa aceptación social colectiva de la guerra como una forma aceptable de resolver los conflictos internacionales.

La interpretación del concepto de estrategia también se realiza por Howard a través del prisma de la Historia —capítulos 6 y 7, respectivamente: «Importancia de la estrategia tradicional» y «Las dimensiones olvidadas de la estrategia»—. Para ello, Howard relee a Clausewitz y lo recupera para el estudio de la guerra aislándolo de las frivolas, inexpertas y abusivas utilidades que se han hecho de su obra magna. De esta forma, Howard enfatiza el esfuerzo analítico del prusiano por incorporar una nueva dimensión a la comprensión de la estrategia: la social, es decir, la que representa la actitud y determinación de un pueblo por superar las dificultades operacionales (las victorias napoleónicas habían consagrado la maniobrabilidad operacional al rango de elemento exclusivo de la estrategia) y las dificultades logísticas (la victoria del Norte sobre el Sur en la Guerra Civil americana se debió, a pesar de la superioridad operacional de los generales del Sur, a su capacidad de maniobrabilidad humana o industrial). A partir de Clausewitz, la estrategia (es decir, «el arte de distribuir y aplicar los medios militares para alcanzar las metas políticas», en palabras de Liddle Hart) se ha entendido como una trinidad formada por objetivos políticos, por instrumentos materiales de ejecución y por pasiones y fuerzas sociales desatadas por el conflicto bélico. Ni tan siquiera la importancia adquirida en el último siglo por la dimensión tecnológica (olvidada por Clausewitz) ha puesto en cuestión la anterior definición de la naturaleza de la estrategia: el de-

sarrollo de las dos guerras mundiales y la evolución de la situación mundial desde 1945 son prueba de ello.

Finalmente, la historia es también el elemento conductor de los capítulos 9 y 12, respectivamente —«Las guerras que hicieron y deshicieron a Europa» y «Tres figuras»—. En el primero de ellos, Howard insiste en la idea de que la guerra ha contribuido de forma decisiva en la formación de las naciones y de las sociedades europeas: «Nos guste o no, la guerra ha desempeñado un papel fundamental, para bien o para mal, en todo el proceso de cambio histórico, y el que uno piense que ha sido para bien o para mal depende de las distintas posibilidades, inherentemente inverificables, con las que se quieran sustituir los datos históricos». Desde la definición de los límites geográficos de Europa durante los siglos XV y XVI, pasando por la aparición de los estados europeos entre los siglos XVI y XVIII y por la afirmación del nacionalismo como fuerza de contenido militar frente a otros estados en el siglo XIX, hasta la aparición de los Estados-continente en el curso del siglo XX, son hechos que han sido provocados por los conflictos bélicos. En «Tres figuras», en cambio, la atención del historiador se detiene no sobre procesos históricos de largo alcance sino sobre los protagonistas individuales de aquellos: Liddle Hart, Montgomery y Kissinger.

En tercer lugar, además de la preocupación sobre la guerra como fenómeno humano y además de la aproximación histórica a los conflictos bélicos, Howard no duda en enfrentarse a los dragones de la compleja era nuclear —capítulos 8 y, de nuevo, 13, respectivamente: «Dos escritos polémicos» y «Apaciguamiento y disuasión: La defensa occidental en la década de 1980»—. En el primero —que es, de hecho, la reproducción de la polémica que Howard sostuvo con E. P. Thompson en 1980— y en el segundo de estos dos capítulos Howard describe con claridad y sen-

cillez lo que muchos parecen haber olvidado en Europa (a pesar de que sus países fueron protagonistas directos de aquellos acontecimientos) y lo que otros no se han preocupado por conocer (al haber estado sus países ajenos a dichos acontecimientos: y éste parece ser el caso que se da en España): que el final de la II Guerra Mundial se vio acompañado por la consolidación de las posiciones soviéticas en el continente europeo, mientras que los Estados Unidos comenzaron a liquidar sus compromisos con sus aliados europeos; que esa conjunción de factores extendió entre los europeos el miedo a la desintegración de sus sociedades; que para impedir esa desintegración los Estados Unidos lanzaron su Programa de Recuperación Europeo en 1947 que, a su vez, estimuló el temor soviético a la pérdida de su control sobre Europa Oriental (golpes de Praga y Berlín en 1948); y que el miedo a una acción militar soviética llevó a los países de Europa Occidental y a los Estados Unidos a la creación de la OTAN.

Por último, Howard defiende la validez de la historia militar como disciplina académica —capítulo 11, «Uso y abuso de la historia militar»—, y propone tres reglas para su desarrollo epistemológico: estudio en extensión (no debe perderse de vista la evolución histórica durante un largo período de tiempo); estudio en profundidad (no debe dejar de explotarse ninguna fuente histórica); y estudio en contexto (no deben olvidarse los factores políticos, sociales y económicos que rodean a un conflicto bélico). Reglas que Howard ha aplicado siempre de forma brillante en sus trabajos.

Finalmente, *Las causas de las guerras y otros ensayos* termina con una ponderada crítica de los principios básicos del movimiento pacifista —capítulo 14: «Las armas y la paz»—. Al contrario de lo que piensa el pacifismo organizado, Howard sostiene que los armamentos en sí mismos no son necesariamente una amenaza para la paz. Ni el aumento de

su número, ni su modernización tecnológica suponen inevitablemente un riesgo para la paz. Lo esencial para el mantenimiento de ésta, insiste Howard, es la preservación de una situación política estable. Es decir, que la fuerza de aquellos actores que forman parte de la situación política, ya sean estados o grupos independientes, que quieran revisar o modificar el orden existente no sobrepase el límite de la perturbación real de dicho orden: «Como San Agustín, no podemos alcanzar el estado de castidad que pudiéramos desear como ideal, pero, al revés que San Agustín, no debemos preocuparnos mucho si no lo conseguimos. Somos seres imperfectos en un mundo imperfecto y tenemos que arreglárnoslas como mejor podamos», concluye Howard.

En conclusión, es bueno que en España leamos a Michael Howard. También sería conveniente que la guerra pudiera ser objeto de estudio serio, ponderado y medurado en la Universidad española. La paz y su mantenimiento son asuntos demasiado serios como para dejarlos en manos de esos irresponsables que se llaman a sí mismos pacifistas. «Los gestos románticos no ayudan a nada», dice Howard. Las procesiones dominicales a las afueras de Madrid, aún mucho menos.

Jorge Cachinero

Antología poética. Selecciones de poesía española

Jesús Riosalido

Plaza y Janes
Barcelona, 1987



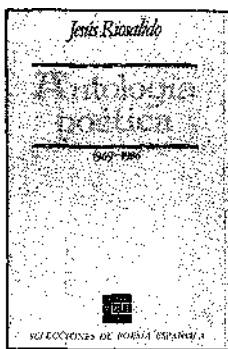
En Jesús Riosalido (Madrid, 1937) se produce, como en otros casos, la confluencia entre

Doesía y diplomacia. Actualmente es embajador de España en Siria, tras haber desempeñado importantes misiones: así las de director del Instituto de Cultura en España en Copenhague y del Instituto Hispano-Árabe de Cultura. Su primer libro, *Zéjel del libro de amor* y algunos más, apareció en 1970, y a éste siguieron *El diván de las sombras* (1971), *Magamat* (1974), *Muwashajat* (1977), *Didí Mahmud* (1979), *Andersen Boulavard* (1981), *Christianias Digte* (1982), *Circo de Urgencia* (1983), *Ático al sol* (1984), *Crónica de Arcadia* y *Almudena* (1980-86), *Heroína, en mis brazos* (1984) y *Alcor* (1986). Esta materia es la que nutre su *Antología poética* (1969-1986) (I), donde se hace posible la visión sintetizada, el primer balance de una trayectoria suficientemente amplia. Una vez más, la recopilación instrumental, como es lo suyo, el modo de separar el grano de la paja. Elegir es siempre un compromiso clarificante. Y aquí lo hace, según es de aconsejar, el propio autor.

Tenemos, de entrada, una nota bien visible: Jesús Riosalido sale a la plaza de la poesía con el firme propósito de aproximarse al mundo árabe. Desde que Emilio García Gómez rescatara, en los años veinte, la lírica de Al-Andalus, ha venido hablándose del influjo de ella en el quehacer de la modernidad y contemporaneidad del verso. Ese ascendiente ya contaba en la obra de Juan Ramón Jiménez, Manuel Machado y Francisco Villaespesa, entroncándose después en la de Lorca. Resulta manifiesto que Riosalido no secunda la simple mimesis de lo clásico para recrear dichas raíces, sino que adopta el zéjel, entreveraje de lo popularista, sobre todo gracias a Ben Guzmán, y la muwashaja, vía por la que se dio paso, igual que por medio de la *j* archa, a una comente compaginadora, y, por ello, de esa incidencia artística-sociológica hay que partir para entender un proceso de siglos.

Una segunda característica se

nos impone: el autor usa de estos cauces sin ceñirse a ninguna intención arqueológica. La impronta personalizada aparece de punta a punta. *Zéjel del amor y algunos más*, como *Diván de las sombras*, representan el índice más saturado del atenuamiento a la herencia andalusí, mas, con todo, el volunto de fidelidad afecta al aire y a la estructura, aunque no tanto a las imágenes y, primordialmente, a la metáfora. El poeta actual se advierte mucho en la concepción de este nudo expresivo (*alacranes de la luz, ruzafa de la pena, castillos de los troncos...*); esa estética hay que relacionarla con el empeño, típico de los años setenta, de restituir a la palabra su pureza y promover las posibilidades de lo erótico. En *Magamat* y *Muwashajat*, Riosalido iría desmarcándose de los modelos aportados por la tradición para acentuar su actitud más libre. Ya la transparencia no es una ley, sino que se acentúa el misterio, la trama compleja; y el verso no rimado sustituye al propio de la clasicidad. Riosalido emplea recursos surrealistas y otros de vanguardia, mientras atiende a lo existencial. Por otra parte, lo arábigo, ese *himen volador del desierto*, se separa de la órbita andalusí, ampliándose y diferenciándose. En *Didí Mahmud*, Riosalido evoluciona hacia el realismo testimoniante al centrar su poema en la figura de un marginado que vive en Madrid su difícil aventura con remate de muerte. Pero, en esa visión presentiva, el lenguaje no cede en su exigencia, y es más: se enriquece sirviendo a lo objetivo y acusador. Esta elegía representa, en todos los sentidos, un avance, donde el tema vigoroso y dramático se expresa con abundancia de precisiones y aciertos creativos del idioma que funde épica y lírica. La tarea diplomática en Copenhague determina *Andersen Boulevard*. Constituye un cambio rotundo, y no sólo por la traslación de atmósfera. *Los años me han crecido en Dinamarca / como sal en la nieve*, dice. Pero, en la Europa del Nor-



te, subsiste, como antes, la sustancia amorosa. Su perspectiva se puntea, a veces, con algunos chispazos irónicos (*yo te tie pensado estúpido arabista / en mis mil y una noches*); apoya con frecuencia su dicción en cejiste-sias, paranomasias, imágenes-síntesis y superrealistas; hay que subrayar el cuidado de los adjetivos, la sintaxis fluida, el repertorio culturalizado, y éste se acrecienta en *Christianias \Digte* (*musifica, ayuntático, españolítico, tivolinos*). El ciclo escandinavo se cierra aquí.

El retorno del poeta a Madrid supondría dos cosas: re'forzamiento de la inventiva, una de las cualidades constantes del autor, así como de la intimidad, aunque no a solas. *Circo de urgencia* incide en lo funambólico; *Ático al sol* añade a las sorpresas de idioma en línea ramoniana: (*El hielo es una muerte con sombrero de copa, La primavera es un ramo de pared empapelado, casamatas arzobispales de prismáticos, por ejemplo*), las recurrencias oníricas. En *Crónica de Arcadia* y *Almudena* vuelve el zéjel a convertirse en eje formal. Pero donde Riosalido da un paso decisivo hacia el despliegue del yo, en trance enamorado,¹ y hacia la desnudez del sentimiento provocado por aquél, con \ fondo de historia concretísima y sarcástica, es en *Heroína en mis brazos*, sin duda el libro capital de este conjunto, porque sin prescindir de los hallazgos foijmales, late la persona en una situación que resulta auténtica y ccjmunicante, moteada de rasgos \burlo- nes, a la vez que de una ternura

no convencional. Lo que se produce es una suerte de expansión acompañada por un ritmo caudaloso y cuyo contenido confesional interesa de punta a punta. *Todo es claro y transparente*, como se declara en un verso, y el empaste es absoluto, abarca los mismos recursos coloquiales, realísimos, y la belleza que se origina no a la manera de un estético a ultranza. *Libre de ti*, afirma el poeta en el desenlace de esta peripecia. La memoria está de retorno, pues, dulceamarga, crítica, pero lo vivencial se ofrece colmado. El realismo mágico y la elaboración concienzuda ceden ante el frescor vivificante.

En esta antología, *Magamat*, *Andersen Boulevard* y *Heroína en mis brazos* ocupan, a mi ver, la cabecera del logro. Pero, en todos los libros de Jesús Riosalido se trasluce un eje, tanto del modo de estar en el mundo. El estilo apenas si varía. Lo arábigo y lo europeo no son sino fases, más o menos interconexionadas, de idéntica intención. José García Nieto, prologuista del volumen, escribe: «*Poesía que puede parecer artificiosa a un ligero observador de ella, pronto exigirá un detenimiento más intenso para poder dejarnos ganar poco a poco por la esencialidad de su mensaje.*»

Luis Jiménez Marios

«Antecedentes, coincidencias e influencias en el arte de Goya»

Enrique Lafuente Ferrari

Reproducción facsímil del libro de 1947 y del catálogo de la exposición de 1932 hecha por los Amigos del Museo del Prado en homenaje a don Enrique Lafuente Ferrari.



A ausencia de un intelectual de la vida cultural de un país

de ninguna manera se aprecia mejor que con la lectura de la obra que nos ha legado. En los últimos meses se ha reeditado, por editorial Akal, la «Breve Historia de la pintura española» de Enrique Lafuente y en homenaje a quien fue su primer presidente, la Fundación de Amigos del Museo del Prado ha publicado su conocido libro sobre Goya, así como una recopilación de estudios que pueden constituir un buen ejemplo de lo que es la investigación acerca de la vida y la obra del genial aragonés. Así como los dos primeros libros mencionados constituyen un modo inmejorable de recordar la obra de Lafuente, el tercero prueba que esta tendrá su continuación por un sendero que necesariamente habrá de seguir los pasos que el propio don Enrique apuntó en sus libros.

Fue Lafuente Ferrari uno de esos intelectuales españoles que, por desgracia y para vergüenza nuestra, no alcanzaron el reconocimiento debido en el momento en que este hubiera sido obligado. Académico y patriarca de la Historia del Arte en España, hubiera debido llegar, con plenísimos merecimientos, a la cátedra universitaria y a la dirección del Museo del Prado; desgraciadamente no fue así y los perjudicados fuimos todos los españoles. Nos queda el consuelo de la lectura de sus libros que no sólo tardarán en ser superados en lo que respecta a su armadura

monográfica y erudita sino que, sobre todo, revelan un talante que muchas veces no llega a percibirse tan claramente en los historiadores del arte más recientes. :

Julián Marías y Francisco Calvo Serraller perfilan en «Nuevas visiones» la significación de la vida y la obra de Lafuente. No pecó de ese peligro que siempre tienta a los profesionales de la historia: la tentación de encerrarse en la adquisición de nuevos datos ó en una erudición estéril que convierte a los catálogos de las exposiciones en lista de medidas, de referencias bibliográficas o en comparaciones infinitas de una obra de arte con otras semejantes ó diferentes. Ortega y Gasset calificó a los obsesionados con esta manera de hacer la Historia del Arte como «datófagos» y lo cierto es que cuando se leen monografías recientes de historiadores del arte, uno tiene la sensación de que no está de más recordar tanto la figura como la obra de don Enrique. El repudio de la erudición estéril en nuestro país a veces puede convertirse en ensayismo superficial y, desde luego, nada más contrario a este que la obra de Lafuente. El ensayo es un género literario que ha alcanzado en España cotas altísimas, pero el ensayismo ha sido un vicio nacional que quizá ha tenido una representación especialmente significativa en la crítica de arte. A veces en ella la profundidad ha sido sustituida por

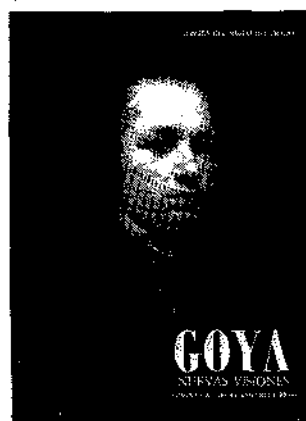
un lenguaje esotérico y la voluntad de llegar a conocer el puesto del artista en el mundo de su tiempo por interpretaciones abigarradas y confusas, en las que prima un lenguaje esotérico.

Enrique Lafuente Ferrari fue un gran profesional de la Historia del Arte para quien lo esencial no era la acumulación de datos sino, como dice Marías, su capacidad de «saber mirar». Esta operación, esencial en el maestro de esa disciplina, supone conocer las circunstancias del tiempo y del momento artístico, gozar de capacidad estética y ser capaz de transmitirla y tener la suficiente voluntad e interés para apasionarse por preocupaciones múltiples. Como historiador Lafuente fue el paradigma del humanista: quien no se encierra en tan sólo una dedicación y una perspectiva sino que busca una pluralidad de las mismas, porque sus aficiones y su pasión por conocer desbordan su concentración en un solo aspecto, una etapa histórica precisa o una única dedicación. Lafuente, por eso, no fue tan sólo historiador sino que su obra entra plenamente en el estudio del arte de su tiempo que disfrutó e investigó. Hay, en fin, una vertiente de su obra que reviste en el momento actual una particular significación. Me refiero a su voluntad de llegar a captar el alma y las claves de un creador. Estamos en tiempos en que renace el interés por la biografía: las caracterizaciones de

«Breve Historia de la pintura española»

Enrique Lafuente Ferrari

Akal.
Madrid, 1987,
dos vols.



«Goya. Nuevas visiones»

Enrique Lafuente Ferrari

Amigos del Museo del Prado.
Madrid, 1987,
412 págs.

Lafuente sobre algunos de los grandes de la pintura española, son un ejemplo arquetípico de esa pasión por la biografía que sintió él y sentimos en el momento actual los historiadores.

La «Historia de la pintura española» sigue teniendo una vivacidad y una atracción por sus calidades literarias que resulta imposible encontrar en otros manuales más recientes; es lástima, sin embargo, que las adiciones bibliográficas realizadas en la edición de Akal sean una simple lista sin un comentario que resultaría útilísimo. En «Nuevas visiones», por supuesto, hay una heterogeneidad de intereses y de calidad en las aportaciones. «Antecedentes, coincidencias e influencias en el arte de Goya» es bastante más que una visión acerca del origen y la influencia de lo goyesco; en realidad se trata de un estudio pormenorizado sobre lo que, con expresión muy acertada, Lafuente denominaba como la «veta brava» de la pintura española. Con estos tres libros tiene el lector una idea muy completa de lo que Lafuente representó para el arte español y su historia. Tiene además, un aliciente para practicar el gozo de la lectura en un género como el histórico que a veces peca de árido.

Javier Tusell

La Revolución prematura: «El obrero consciente»

Manuel Pérez Ledesma

Alianza Universidad.
Madrid, 1987, 269 págs.



una época, todavía no lejána, de mixtificación de todo lo que sonara a marxismo o leninismo, en la que además de pro-

fesiones de fe de todo tipo se hizo no poco papanatismo político-literario, ha seguido otra de signo contrario. En esta última, que lleva camino de ser tan extensa como aquella, se ha; entablado disputa por encontrar cada vez más y más fallos en la mayoría de los aspectos, secundarios o no, de la doctrina y la letra de los Marx, Engels, Lenin, etc.

Al contrario de lo que sucede con algunos autores que tratando ciertos asuntos de forma claramente encontrada acaban siendo víctimas de un proceso de empatía, esta «escuela revisionista» que casi podíamos calificar de «conversa», realiza esfuerzos sutiles y afortunados para distanciarse ideológicamente del objeto de su estudio. Con ellos y a través de una esmerada y puntillosa técnica, llega a abjurar de no pocos de los dogmas mantenidos y acierta a presentar como algo desagradable, lo que antaño se tuviera por sagrado y definitivo.

Un aspecto general, sin embargo, va quedando poco a poco al descubierto tras esta corriente revisionista. El que quizá el fracaso de las «revoluciones» de este siglo, en diversos países no sea tanto el fracaso de la doctrina, cuanto el de las vanguardias políticas. Y no excluimos de esta consideración a los países en los que esta vanguardia ha tenido la posibilidad de experimentar el llamado «socialismo real», más efectivo en el deseo que en la propia realidad social.

Nadie tratará de discutir que, conciencia de desigualdad, de explotación o de conflicto, como dice Manuel Pérez, no sea un puente tendido hacia una conciencia revolucionaria. Pero creemos que en términos históricos, es todavía prematuro asegurar que las posibilidades de cambios revolucionarios sean más virtuales en el comienzo de la industrialización, que en etapas avanzadas de la misma. Esta divergencia plantea en cualquier caso, no tanto el éxito o fracaso del socialismo real, sino la propia identidad del concepto. Y es que en un pensamiento en crisis,

como el del final del siglo xx, la utilización de conceptos solamente válidos en su contexto está desviando no pocas discusiones teóricas e impidiendo avanzar por caminos menos tortuosos.

Hay un denominador común para todas las experiencias socialistas que conoce la Historia. Y este es la inmadurez del desarrollo de las fuerzas productivas en el momento de producirse los intentos revolucionarios. Países como Rusia, China, Vietnam, Cuba, etc. cambiaron violentamente sus estructuras políticas y jurídicas (revolución en la superestructura) para pasar luego a la fase del cambio en la base económica y social. Esta fase incluía el desarrollo de unas fuerzas productivas, que fueron presionadas en este sentido desde el exterior a la estructura económica.

Esta falta de adecuación y la persistencia en el sistema capitalista del bloque de países industrializados han hecho decir a los autores que Marx se equivocó en sus predicciones (sobre esto, que no es nuevo, se insiste ahora). Sin embargo, Marx que fundamentalmente estudió el modelo burgués y analizó su proceso histórico, dedujo correctamente la ley según la cual las estructuras políticas sólo se ven obligadas a cambiar bajo la presión de la base económica, previamente modificada. Y esto es justamente lo contrario de lo que el «socialismo real» ha intentado. Sería injusto hacer cargar a las «profecías» de Marx con los errores de los «marxistas». Las revoluciones prematuras serían un caso interesante de determinación de lo ideológico sobre la historia, en clara autonomía de lo económico. Sin esperar a la maduración de las condiciones socioeconómicas básicas, las vanguardias ideológicas (en especial de tipo leninista, es decir, como organizaciones profesionales de revolucionarios) lanzarían su cruzada revolucionaria antes de tiempo en un mundo de economía predominantemente campesina, en el que se asistía a la degradación total de las relaciones de produc-

ción del Antiguo Régimen. Esta situación fue confundida con las condiciones objetivas para una revolución socialista. El espejismo situó a los revolucionarios, como nos dice Pérez Ledesma, en las antípodas de Marx.

El salto cualitativo que se realizó, de este modo, fue gigantesco. Pero sólo referido a la parcela superior jurídica y política. La base económica siguió atenuada por la anemia de las fuerzas productivas, y ni los esfuerzos planificadores, ni toda la «buena» voluntad de la superestructura ha conseguido la adecuación desde arriba. Los actuales modelos de «perestroika» de algún modo vienen a representar tanteos en la dirección contraria, sin aflojar por eso lo esencial en las modificaciones políticas.

La obra que comentamos interesa en cuanto se inscribe en estos planteamientos, sobre los que sería preciso abordar una mayor y más razonada discusión teórica. Y aunque esta haya sido iniciada en Europa, al menos desde la crisis de los partidos comunistas tradicionales al filo de los setenta, no acaba de alumbrar por el momento la salida del túnel.

En este sentido, el autor desde las primeras páginas descubre sus intenciones desmitificadoras. Lo cual no nos parece mal, salvo si se considera que algunas de ellas debieran haberse reservado para un capítulo, inexistente, de conclusiones, a las que se hubiera llegado tras un discurso lógico.

El libro, aunque es en realidad una recopilación de ensayos, mantiene sobradamente el hilo conductor de la referencia socialista gracias al tratamiento encadenado en hombres, partidos y sindicatos de la Segunda Internacional.

Ofrece Pérez Ledesma un cuadro homogéneo de una parte de la socialdemocracia, en su versión española, en la cual mezcla lo puramente hagiografía) con los adecuados tintes desmitificadores citados, por el que van pasando Lafargue, Iglesias, García Quejido o Llana. Sucumbe también nuestro autor, y rinde

tributo, a la fecha obrera por excelencia, historiando los primeros de mayo y sus significados en el movimiento obrero de finales del XIX; lo que le da pie para relucir la reivindicación del horario laboral (presente en aquellas fechas) y una vena anarcoide en el siempre interesante yerno de Marx, Paul Lafargue.

Con todo, puede decirse que la verdadera materia prima, aquella que inspira y justifica el título mismo del libro, a la que ha dedicado su investigación Pérez Ledesma, no es otra que la del obrero consciente enfrentado, tal vez un poco de forma vergonzante, al obrero revolucionario. Se trata de aquellos, que tras las manifestaciones de los uno de mayo «volvieron con normalidad al trabajo al día siguiente».

J. M.^a Lorenzo Espinosa

Una investigación rigurosa «Ética y política. En torno al pensamiento de J. Ortega y Gasset»

Francisco López Frías

Prólogo de Julián Marías
P.P.U.
Barcelona, 1987

II

E aquí un libro especializado que atrae al lector desde el índice, y lo digo porque el índice abre el volumen, que, pese a tener más de cuatrocientas páginas, se lee sin agobio, en parte por estar redactado sobre nuestra historia reciente y en parte también porque se ha acometido con sencillez la tarea de mostrar los resultados de una investigación rigurosa. Por lo demás, buena parte de los escollos habituales

en este tipo de temas contemporáneos se ha evitado sin necesidad de prescindir de asuntos que muchos españoles no tienen todavía suficientemente conocidos ni resueltos, medio siglo después de la guerra civil, desde el problema religioso al militar, desde la deficiente y tardía industrialización a la búsqueda de una identidad, pasando por algunos menores cuyo conjunto acarrió la ruina de la República. El autor ha conseguido poner todas las cuestiones a la suficiente distancia histórica y metodológica, esfuerzo muy de agradecer para el que habrá tenido que vencer la tentación de polemizar con las opiniones políticas, tan abundantes en los escritos de Ortega, que sirven de base a su estudio. «No ha caído en la trampa —como ha escrito Marías— de estudiar la figura de un político sino el pensamiento político de un filósofo».

López Frías conoce bien a Ortega. Sabe, además, que sus diferentes perspectivas están siempre referidas a su quehacer como filósofo y, en consecuencia, el libro está concebido filosóficamente desde el comienzo. Los capítulos IV y V tienen ya unas inequívocas denominaciones «Nuevas exigencias del saber filosófico» y «La falsificación de la realidad», pero desde mucho antes nos encontramos metidos en plena reflexión raciovitalista a propósito de cuestiones concretas lo suficientemente sugestivas como para que pasen a ocupar el primer plano, hasta el punto de que parece —y no sorprende la atención que ha merecido de muchos especialistas— un libro de historia.

Es precisamente en este momento cuando el autor se enfrenta a la cuestión decisiva de su investigación, desvelando a lo largo de un centenar de páginas las claves de la razón histórica y su incidencia en la política. Se trata de entender esta realidad tal cual es, asunto nada sencillo en tanto que el hombre está instalado —de forma generalmente inconsciente— en una compleja encrucijada de prejuicios de erra-

dicación difícil ya que afecta especialmente a los que creen no tener ninguno. El problema es filosófico y político, es decir, de planos diferentes que, sin embargo, hay que empalmar. Es previo asumir, sin confundirlas, las cosas que se piensan y las que se sienten o, dicho en forma orteguiana, conciliar las ideas que se tienen con las creencias en que se está.

Por otra parte incide aquí la cuestión del racionalismo en la política, riesgo evidente cuando se hace depender la política de formulaciones abstractas, que son de un enorme atractivo, pero fuente de muchos fracasos a los

que luego hay que encontrar una justificación.

Es a la luz de este planteamiento como se van analizando los temas: autonomía y federalismo; derechas e izquierdas; problema militar y problema religioso; las dos guerras con Marruecos; la guerra y la paz; la huelga general de 1917 y el pistolero de los años 20; la dictadura y la república, etc.

Cabe destacar, como final, la presentación que el propio autor escribió para la primera edición de la obra, recogida en el texto, y donde hace unas reflexiones, que presumimos autobiográficas, de gran valor para conocer la época

franquista en la que una figura como la de Ortega llegó a estar subrepticamente rechazada por derechas e izquierdas. La zona final, que es la más larga, se titula «Ortega y Cataluña». Es densa y está llena de sugerencias. No se deja atrás ninguno de los «puntos calientes» de la política actual, como son, entre otras, sus alusiones al lerrouxismo, la Loapa y el partido reformista, entonces incipiente. Un interesante y riguroso paseo, en fin, por la historia de España de este siglo, de la mano de un espectador de excepción.

Horacio Sáenz Guerrero